



DURA LEX

A Manuel J. Othon.

La ciudad se esperezaba. Regaban y barrían las calles que, bañadas de sol, fingían facetas de oro en las piedras empapadas. Arrastraban bestias perezosas los primeros trenes vacíos hacia el centro, somnolientos los criados se dirigían a la compra, y un rosado tono, un matiz que sólo tiene en su paleta la mañana, hacía de los fondos iluminados constelaciones de flores y de cada arena una chispa.

¶ Pero en aquella hora en que todo, todo parecía revivir con brillante frescura, se atraviesan las callejuelas tortuosas del arrabal, allí donde la banqueta y el arroyo se confunden; se escapa de las accesorias el aire confinado como una bocanada de gases calientes, saturados de olor humano. Asoma el lépero que no se lava, la hembra sucia, el niño enlodado,

y de las casucas, como de una gusanera, salen de todas direcciones el jornalero y el artesano. Inmudos recipientes de barro con una escoba dentro interrumpen el tránsito al borde de la acera; se echan al sol los perros que se espulgan y los gatos aprovechan los rincones tibios para dormitar unos instantes más. Aquellas gentes ven con desconfianza al transeunte que no porta frazada, y al mirarme leía yo que sus ojos decían con cierto fondo de antipatía: ese va al fusilado. Y en verdad, una curiosidad mal sana me impelía a ese desenlace de tantos obscuros plebeyos cuyo nombre sólo se conoce cuando lo hacen repetir las crónicas patibularias.

Sí, iba al fusilado y precipitaba el paso, porque ¡me avergonzaba de pensar en ese síntoma de maldad! quería ver, no sólo el acto supremo, sino los preparativos y precipitaba la marcha satisfecho, porque me interesaban aquellos cuadros y escenas que encontraba en la calle y nunca había visto. La mandadera que saluda al gendarme, la enamorada pareja trasnochada, que con un último resto de embriaguez, va sabe Dios a dónde, el bullicio de las panaderías que arrojan a la acera el olor caliente de la sabrosa hornada, la agitación de la tienda, la limpieza de la pulquería y el lento abrirse de las correctas boticas. Más allá, en la plazuela, la vacada, el dueño, envuelto en su frazada vistosa, frente a pequeña mesa ennegrecida por el roce de las monedas, los botes de lata llenos a medias de tibia leche, copos de espuma se pegan a las paredes, allá sobre plastas de majada, las vacas dulcemente echadas, inquieta la ternerilla y más lejos la madre, inmóvil, juiciosa, con los ojos serenos, dormidos, atadas las patas y el peón, con diestras manipulaciones, ordeñándola, los dardos de la leche cayendo en el ahumado jarro de una criada que lo sostiene en cuclillas, mientras otros domésticos en torno charlan con la canasta vacía, el trasto

listo y apretados los centavos en la mano cerrada. Más allá tres cerdos escandalosos gritan empeñados en no salir del fango, guiados a chocotazos por un tocinero, el indio vocea mantequillas y sólo los balcones cerrados, los zaguanes entornados, la soledad de algunas calles hacen pensar que es muy temprano, pero que ha amanecido antes que otras veces.

Ya se ven los altos muros de la cárcel aterciopelados por el musgo sombrío, las ventanillas de las bartolinas y el garitón del centinela. . . . llegamos. Un tren especial se detiene, algunos curiosos vuelven sus miradas al edificio siniestro. Abren, se atraviesa por frente a la guardia, todo está en silencio, en una mesa hay centenares de manojos de llaves, ¡una sola valdría la libertad! Escápase un acre olor del locutorio enrejado, rastro de la gente sucia que se ha reunido allí la víspera, día de visita, la luz del día se transforma, ya no es la onda de oro festiva que teñía los techos y los árboles, no, el día palidece, alumbrá apenas en esos patios húmedos, en esos pasadizos angostos llenos de rejas y letreros de juzgados, de trecho en trecho parpadea la luz de un farol que se han olvidado de apagar, ni un rumor, ni un ruido que delate la presencia de esos miles de infelices que se revuelven en las galeras con la inquietud del despertar, sólo los pasos de la caravana en las baldosas que repite el eco, la tos de un empleado con bronquitis o el arrastrar de la espada de un oficial. Algunos presos acabados de levantar, presos decentes con camiseta, levantada la solapa del saco, dan los buenos días, y a lo lejos, al final de un callejón, se mira una hilera de tropa, un grupo de oficiales, un fraile, paisanos que están frente a una pieza: la capilla.

Hay conocidos, pero no se les saluda, sólo una cosa se desea: conocer al reo. Se espera uno hallarse con un hombre pálido y tembloroso, emocionado,

no, el reo es ese hombre vulgar de sombrero ando, envuelto en una frazada gris, enciende un puro y tose, y sin embargo, ¡qué crispamiento sacude el corazón ante esa pieza desmantelada! cuando se mira la llama larga y tranquila de dos cirios que arden frente a un Cristo en el fondo de una cortina de seda, sobre el ara improvisada el misal cerrado, el cáliz en un estuche, un grasoso breviario y las vinajeras de cristal, la cara serena del sacerdote que toma un aire trágico cuando se acerca el reo, la mesilla donde se hacinan una botella vacía, una taza con heces de café, el sombrero y el bastón de un miembro de la Sociedad Católica que no descansa un punto, da órdenes, todo lo prepara, llama a los padres, cruza palabras con el encapillado, saluda, todo con la precipitación del que no tiene tiempo que perder.

No reina ese fúnebre silencio de las novelas, por el contrario, no sé qué inquietud, pasos que van y vienen, trozos de conversación, toses, escupitinas y el rítmico paseo del centinela de vista, producen un ruido particular.

Con la espada entre las piernas cuenta algo un oficial sentado en una banca, todo el mundo lo rodea pendiente de sus palabras, circula un cerillo, los cigarros se encienden, relata escenas de la vida privada de un presidente difunto. Allí un repórter en un sobre roto y sucio apunta con abreviaturas los datos que le da un empleado: cenó con apetito, durmió bien, comulgó con recogimiento, fumó dos puros que le regaló un señor Ordóñez, pidió agua, se ha paseado varios ratos, preguntó por sus hijos, escribió una carta a su amasia, no tomó en el desayuno más que media pieza de pan, precisamente una rosca, habló mucho con el padre ese, el que está hincado ante el altar con la frente pegada a los manteles, el del solideo. Los que tienen relojes miran la hora, falta poco y llegan más y más curiosos a la carrera, res-

piran cuando ven que todavía no lo sacan y todos se preguntan lo mismo, y se relata de nuevo la serie de pormenores interesantes.

Sólo un sargento, un tipo vulgar, parece preocupado, sí, él comprende todo lo amargo de esos minutos, al estar cerca de ese lujo de la ley social, él sabe cómo la miseria, la ignorancia, las humillaciones, el hambre, como olas impuras, impelen del lecho del incesto y la mancebía, a un rebaño que vive en el fango, al hombre hecho animal por la pobreza con todos los instintos del bruto, degenerado, inconsciente, que parece nacer para que se le suprima en el nombre de una ley inspirada en la barbarie, pero nunca en los principios de redención, que hacen del asesino un enfermo y del abyecto un ejemplar más de las monstruosidades que engendra la promiscuidad de la plebe. Ese foco de corrupción donde el ebrio, el hambriento, el sifilítico, el ignorante, la pérdida, el consanguíneo, todos depositan su virus para formar el instinto depravado de esos infelices hereditarios, para los que, no lo saben, pero es un gran consuelo la muerte.

Ese soldado oscuro comprende lo que el miembro de la dhusma significa, en su profundo desamparo, para él no hay mano salvadora, no hay mano que bendiga, mano que desvíe de la senda tenebrosa, no: sino es otra que se llama omnipotente y justa y que pone en manos de un hermano el fusil de las ejecuciones. Y yo tiemblo, a mi pesar, cuando medito: ¿y estos qué pensarán, qué sentirán cuando cumplan con la consigna de matar, cuando se les adiestra para que la bala vaya recta al corazón? Quizá nacieron en el mismo barrio. . . Hay un estremecimiento, ha llegado el Juez con el Ministerio Público, muy emocionado, y dos doctores, de los cuales uno se limpia las uñas y huele aún a jabón, porque acaba de lavarse.

Faltan algunos minutos. No es posible ver al reo: todos los curiosos se han agrupado frente a la capilla, el repórter no puede escribir porque le tiembla el pulso y le castañetean los dientes, el miembro de la Sociedad Católica dobla cuidadosamente sobre sus rodillas una servilleta que va a servir de venda, los sacerdotes ya no rezan en silencio sino en voz alta, interrumpen sus oraciones para decirle algo al reo al oído, los dos a un tiempo, apretándole el brazo, en todos los rostros hay un gesto, un gesto extraño que resalta de una manera capaz de crispar, hay la súbita palidez, miradas de compasión profunda, miradas de amor, miradas atónitas. . . . los labios apretados, la nariz dilatada y por único movimiento el del cuello, el subir y bajar del cartílago y esa timidez al tragar con dificultad la saliva, signo de profunda emoción.

Ya es hora. Hay ruido de fusiles, se manda ¡flan-co derecho! a la tropa, después un desfile brusco resuena en una escalerilla de madera, todos corren para formarle valla. . . . Ahí viene ya, dos soldados lo sujetan de los puños, no hay tiempo de mirarle el rostro, todos corren rumbo al patio. . . . y queda el pasillo solo, y sola la pieza, y sacuden el alma la soledad de la mansión desmantelada, las dos flamas de los cirios largas e inmóviles, un rayo de luz circundando un pedazo de estaño adherido a un corcho, y el lecho vacío. . . . en él queda ahondada la huella de los que no vuelven y hacen pensar en las tumbas sin ataúdes y en los nidos abandonados.

La luz golpea materialmente en el patio, es una explosión, y no hay paredes que la detengan, vidrios y rejas que la descoloren, con una honda franca, blonda y pura circunda el amplio lugar donde los rostros se ven más descoloridos, la gente se empequeñece en la extensión, el cuadro, correctamente formado por la tropa vestida de dril, encierra en su centro a doble hilera de Gendarmes de la Montada con unifor-

me azul. Los elevados muros encuadran ese lugar, muros ennegrecidos en cuyas alturas, tras las rejas de una ventana, se adivinan caras curiosas, los centinelas avanzan hasta el borde para ver, y trepados en la barda se miran los curiosos del vecindario. El piso es desigual, sembrado de cascajo, manchado aquí y allá por hierbas temblorosas y pastos de tímido crecer, un caño hediondo de líquidos amarillentos difunde su pestilencia.

Todo calla, los curiosos se alejan por grupos, y se mira penetrar, seguido por los frailes, al reo, cuyo gesto no se distingue, le enseñan un crucifijo, él va mascando un puro. . . .

Afuera han dado las seis, la campana las suena, le responden los silbatos de las fábricas y un largo y dulce mugido: son las vacas que vuelven de la ordeña.

Helo ahí vendado, se alejan de él todos de prisa, mírase en el aire la mano nerviosa del cura que bendice, un hombre frente a un paredón por donde huye una lagartija, quiere correr, el instinto de conservación lo impele, pero al mismo tiempo suena una descarga, tras el foganazo cinco nubes de humo que se funden y como disparado por un resorte al reo, al reo que ha caído.

¿Saltó como el animal descuidado que avienta una bala, o como el ave que vuela, a quien le acierta el cazador y se desploma aleteando? No. . . . no pude ver. . . . el humo le cubría, abrió los brazos, echó la cabeza atrás, sacó el pecho, se le doblaron las piernas, cayó hincado, volvió a doblarse sobre los talones golpeando con el craneo el borde del caño, un brazo bajo la espalda, el otro extendido y con la mano semiabierta con el ademán del que pide una limosna, las puntas de la corbata bajo la axilia y en la camisa desabrochada una mancha negra que se agrandaba dejando escapar una nubecilla de humo imperceptible.

Los doctores se acercan, toman el pulso, se alejan moviendo la cabeza y con correcto paso un soldado avanza, prepara el arma, toma la puntería y ¡al corazón! Rebota el cuerpo, los dedos de aquella mano tosca se crispan y se oye un largo, monótono, desgarrador quejido que fenece a un segundo disparo. ¡Ya está! Todos se retiran, menos un grupo que rodea al cadáver intensamente pálido, pero aún caliente, la muerte dejó estereotipado un gesto de espanto en su máscara de hombre de pueblo, bizcos y saltados los ojos, cayendo sobre las cejas un largo mechón de cabellos lacios, abierta la boca como por un grito, descubiertos los sucios e incompletos dientes y en la epidermis lívida del pecho, en el centro de un disco de pólvora incrustada, un agujero negro y la nota roja de la carne viva.

A un paso el puro arde todavía entre el pasto. Cargan al muerto como un fardo sin decir una palabra dos presidiarios y le acuestan en el zinc de la camilla, poniéndole las manos sobre el pecho. . . . los músculos relajados suavizan la expresión de su cara, ha cerrado los violáceos párpados y la boca renegrida por la que parece cruzar una sonrisa de gente que duerme, se lo llevan. . . . ya está!

Recuerdo que el patio quedó solo, volví el rostro, la sangre comenzaba a perder su brillo de charco, opacándose como una costra. . . . y el puro. . . . abandonado entre las hierbas seguía humeando, soltando un hilo azulado que se desvanecía en el aire. . . .

—Ahora, decía un individuo a otro, sonriendo y dándole una palmadita en el hombro: vámonos a desayunar, porque ya hace hambre.

Un grupo de curiosos, seguidos por un perro, escoltaban la camilla, que dobló la esquina, y una vendedora de legumbres dijo al pasar:

—Ahí va el pobrecito fusilado, y rezó un sudario entre dientes, echándose hacia atrás las puntas del re-

bozo y diciendo después al muchacho que le ayudaba a disponer el puesto:

—¡Dame las ledugas!

Y yo repetí con una aflicción sincera y honda:

—*Dura lex! . . . sed lex!*